

Reinhart Koselleck y los monumentos como indicadores de los cambios históricos y políticos

REINHART KOSELLECK AND THE MONUMENTS AS
INDICATORS OF HISTORICAL AND POLITICAL CHANGES

DIEGO FUSARO

Universidad Vida-Salud San Raffaele de Milán
Italia

ABSTRACT

Koselleck argues that monuments, as a way of preserving the memory of the dead, is an ancient practice as humanity itself. According to him, it originates in a pre-historic problem regarding the anthropologic-existencial order, this means, the relationship between life and death. Nevertheless, this characteristic has walked along with the monuments through history since Antiquity until our days. Modern monuments, however, have certain characteristics that make possible to distinguish traits of Modernity. In fact, these modern monuments not only do remember the dead as they conquer annihilation and the “no-more”. In certain way they justify death ex post, not only assuring that they are dead, but that they have died for something. Because of that its passing away must be understood as a conjuration between the past and the future from which it has stemmed. The concept of *Geschichte* has entered in the semantics of the monuments and have redefined it deeply.

Keywords: Koselleck, history, politics, *Geschichte*, Modernity.

RESUMEN

El empleo de monumentos en recuerdo de los muertos es una práctica tan antigua como la humanidad y encuentra su fundamento, según Koselleck, en un problema prehistórico de orden antropológico-existencial: la relación entre la vida y la muerte. No obstante esta característica es común que acompaña a los monumentos de todas las épocas, desde la

Antigüedad hasta hoy día, en los monumentos modernos existe una característica específica, gracias a la cual es posible inferir las particularidades importantes de la modernidad. De hecho, éstos no se limitan a recordar a los muertos, con lo que los sustraen de este modo a la conquista de la aniquilación y del “no-más”, sino que de algún modo justifican *ex post* la muerte, certificando que no sólo están muertos, sino que han muerto *por* algo, y que por lo tanto su fallecimiento debe entenderse como la conjunción entre el pasado y el futuro que ha derivado. El concepto de *Geschichte* ha irrumpido en la semántica de los monumentos y la ha redefinido con profundidad.

Palabras clave: Koselleck, historia, política, Geschichte, modernidad.

Artículo recibido: 13-02-2015

Artículo aceptado: 25-05-2015

INTRODUCCIÓN

Aun cuando para Reinhart Koselleck (1923-2006) la *Begriffsgeschichte* siempre ha sido el método más eficaz y fecundo para estudiar desde el punto de vista semántico la conciencia histórica de una época, también existen otros posibles caminos para descifrar el *Zeigeist* en sus objetivaciones concretas. Se trata de caminos que no se oponen a la *Begriffsgeschichte* como está teorizada en obras más propiamente metodológicas –por no decir sistemáticas– como *Vergangene Zukunft* (1979) y *Zeitschichten* (2001), así como se practica en el monumental *Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* con sus siete volúmenes (nueve si se consideran también los dos de índice), publicados entre 1972 y 1997 junto con Otto Brunner (1898-1982) y Werner Conze (1910-1986). Asimismo, si se recorre sin desvíos y siempre desde la óptica *begriffsgeschichtlich* de una reconstrucción de la conciencia de la época mediante sus objetivaciones,¹ dichas vías

¹ Cf. Ute Daniel, “Reinhart Koselleck”, pp. 166-194. Cf. también Melvin Richter, “Understanding Begriffsgeschichte. A Rejoinder”, pp. 296-301.

pueden constituir una integración de la estructura general de la historia de los conceptos.

Como señaló en su momento Kari Palonen,² es sobre todo en la última fase de su reflexión cuando Koselleck indagó sobre estas vías alternativas para practicar la *Begriffsgeschichte*, según una modalidad que, en cualquier caso, encuentra su legitimación teórica en todo aquello que se ha afirmado desde la “Einleitung” (1967) hasta el *Lexikon*.³ En ésta, el *Begriffshistoriker* alemán identificaba, entre las particularidades que tiene la actividad de la historia de los conceptos, su extensión de las fuentes exploradas, inscribiendo entre los necesarios puntos de referencia aquellas dimensiones (actas parlamentarias, declaraciones, periódicos, etcétera) que por tradición se habían quedado al margen de la historia de las ideas.

Ahora bien, en la última fase de su reflexión, Koselleck, en concordancia con las premisas teóricas sistematizadas en 1967, somete al análisis teórico el estudio de los monumentos. El autor dedicó algunos ensayos a este tema,⁴ al igual que lo hizo en el volumen misceláneo, editado por él junto con Michael Jeismann, titulado *Der politische Totenkult. Kriegerdenkmäler in der Moderne* (1999). La premisa de esta vía alternativa –aunque complementaria a la *Begriffsgeschichte*– es que, en un plano antropológico, el lenguaje no es el único *medium* donde la historia se coagula en el recuerdo

² Kari Palonen, *Die Entzauberung der Begriffe: das Umschreiben der politischen Begriffe bei Quentin Skinner und Reinhart Koselleck*.

³ Reinhart Koselleck, “Einleitung” (1967), pp. XIII ss.

⁴ Cf. Reinhart Koselleck, “Daumier und der Tod”; *Idem*, “Les monuments aux morts. Contribution à l’étude d’une marque visuelle des temps modernes”; *Idem*, “Kriegerdenkmäler als Identitätsstiftungen der Überlebenden”; también existe una traducción al italiano editada por Loretta Monti, fruto de un *collage* de algunos de los textos antes citados: *Id.*, “I monumenti: materia per una memoria collettiva?”, pp. 9-33. En su periodización de la obra de Koselleck, Palonen, *Die Entzauberung der Begriffe*, op. cit., pp. 180 ss., ha identificado un séptimo núcleo temático de su *Denkweg* en la “iconografía política” (*politische Ikonographie*), en el estudio de los estratos semánticos de los monumentos. En realidad, a partir de los años setenta el estudio koselleckiano de los monumentos recorre de manera transversal toda su obra.

o es experimentada como realidad. De hecho, como Koselleck lo evidencia a menudo, los monumentos que también se sustraen a la dimensión estrictamente lingüística (o, por lo menos, a la directa y tradicional), se reincorporan con igual derecho en el fundamento histórico del recuerdo y de la elaboración de las experiencias. En ese sentido también éstos, si son interrogados con oportunidad, permiten comprender la experiencia histórica y asimismo, según el intento programático de la *Begriffsgeschichte*, descifrar la esencia de la *Sattelzeit*⁵ (1750-1850), es decir, de aquella “época umbral” que duró apenas cien años, en los que la estructura interna del patrimonio conceptual europeo se encontró con esa radical resemantización que los transformó de *Erfahrungsbegiffe* en *Erwartungsbegriffe*.⁶

Bajo un atento análisis, como pronto buscaremos evidenciar, los monumentos no sólo pueden constituir –desde la perspectiva *begriffsgeschichtlich*– una fecunda integración respecto a los tradicionales *Begriffe*, sino que también instituyen una relación de provechosa complementariedad respecto a estos últimos. Según lo establecido por Koselleck, “aquello que no puede ser dicho tal vez, puede volverse visible; aquello que no puede volverse visible tal vez, puede ser dicho”.⁷ En consecuencia, monumentos y conceptos es posible estudiarlos con un prolífico nexo de respuesta recíproca.

⁵ Cfr. Elías José Palti, “Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre modernidad y temporalidad.

⁶ Cfr. Reinhart Koselleck, “‘Erfahrungsraum’ und ‘Erwartungshorizont’ – zwei historische Kategorien”, en Ulrich von Engelhardt *et al.* (eds.), *Soziale Bewegung und politische Verfassung*, Klett, pp. 13-33 (también en *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1979, pp. 348-376); tr. it. “‘Spazio di esperienza’ e ‘orizzonte di aspettativa’: due categorie storiche”, en *Id., Futuro passato: per una semantica dei tempi storici*, Génova, Marietti, 1986, pp. 300-322.

⁷ Reinhart Koselleck, “Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte. Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen (1999)”, p. 30. Cfr. Melvin Richter, *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*.

I. MONUMENTOS Y BEGRIFFSGESCHICHTE

Desde cierto punto de vista, se podría pensar que los monumentos forman parte por sí mismos del ámbito específico de los conceptos, aunque sin presentar características distintivas específicas. De hecho, gran parte de las asignaciones de sentido de los monumentos está relacionada con las inscripciones que los acompañan, lo cual determina el hecho de que éstos pertenezcan directamente al ámbito lingüístico-conceptual de la *Begriffsgeschichte* en un sentido estricto. Pero, si se excluyen estas importantes excepciones, el mensaje primordial de los monumentos se dirige con naturalidad a una “sensibilidad visual” que sucede *antes o después* del lenguaje y que, en cualquier caso, no es propio de sus cánones y sus límites semánticos. Justo es este espacio extralingüístico el que Koselleck elige como objeto de reflexión alrededor de la semántica de los monumentos.

En los monumentos siempre se encuentra cristalizada, de manera indeleble, una huella del tiempo, que es no sólo de aquel pasado al cual el monumento particular está ligado: su mensaje trasciende siempre el presente en el que fueron construidos y se extiende al futuro, al cual está destinado en concreto el mensaje. Cada monumento, ligado de modo indisoluble al contexto histórico específico en el cual fue pensado y creado, trasciende a sí mismo en la medida en que pretende transmitir un mensaje a las generaciones venideras: como subraya Koselleck,⁸ en este sentido el monumento instaura una especie de continuidad pedagógica entre el pasado y el porvenir. La propia etimología –*monumentum*, de *monere*, “hacer recordar”– alude sin equívoco a un futuro llamado a evocar el pasado mediante la visión presente del monumento y del mensaje transmitido por éste.

En este sentido, además de un vínculo de las dimensiones temporales (según modalidades que varían de acuerdo con la época en

⁸ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 15-17.

la que el monumento se erigió), en el monumento se encuentra cristalizado, sin falta, un mensaje político-ideológico que siempre incluye o excluye agrupaciones opuestas.⁹ Desde este punto de vista, si la sensibilidad visible de los monumentos se lee con nitidez, ésta no sólo es *estética* sino también *político-ideológica*, y por lo tanto, imposible de comprender si se prescinde de esta última.¹⁰ Según Koselleck,¹¹ no existe ningún monumento que no defienda –ya sea de forma heterogénea y ligada al contexto histórico– un valor político e ideológico, con lo que se dirige a las generaciones futuras en el intento de transmitir su mensaje específico. Es así como en los monumentos la dimensión de lo político desempeña un papel primordial.¹²

Según Koselleck, al igual que los “conceptos históricos fundamentales”, también los monumentos en cada época van al encuentro de los desplazamientos y las reorientaciones semánticas, ocupándose de nuevos significados político-ideológicos y de la nueva combinación de las dimensiones temporales que se instauran de vez en cuando.¹³ Por lo tanto, explorar el mensaje encerrado en los monumentos permite comprender el *Zeitgeist*, así como integrar el análisis del patrimonio conceptual propio de la época.

Para descifrar el carácter específico de la modernidad y del nuevo concepto de *Geschichte* sobre la cual ésta se basa (concepto que, como se ha dicho, constituye de cierta manera el punto alrededor del cual gira el análisis de Koselleck en todas sus etapas),¹⁴ es de fundamental importancia examinar la resemantización que

⁹ *Ibidem*, pp. 20 ss.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 17-20.

¹¹ *Ibidem*, pp. 21-23.

¹² *Ibidem*, pp. 23-24.

¹³ *Ibidem*, pp. 22-24.

¹⁴ Cfr. Hans Erich Bödeker, “Begriffsgeschichte als Methode”. Véase también Christof Dipper, “Die ‘Geschichtlichen Grundbegriffe’. Von der Begriffsgeschichte zur Theorie der historischen Zeiten”; tr. it. “I Geschichtliche Grundbegriffe dalla storia dei concetti alla teoria delle epoche storiche”, en *Società e storia*, n. 19 (1996), pp. 385-402.

han sufrido tanto los monumentos, como los conceptos. Según el *Begriffshistoriker* alemán, la torsión futurizante que se encuentra en el patrimonio lexical de los conceptos históricos fundamentales a partir de la *Sattelzeit*, con igual intensidad ha embestido la esfera de los monumentos, y reorienta con decisión el tipo de mensajes que son trasmítidos por éstos. Desde este punto de vista se establece una perfecta simetría entre la dimensión conceptual y aquella de los monumentos, por lo que –desde Koselleck– ambas confirman el carácter propio de la modernidad *post-Sattelzeit* como época del dominio del *Erwartungshorizont*.¹⁵

De acuerdo con lo que ha mostrado Koselleck en su reconstrucción,¹⁶ en el periodo anterior a la Revolución francesa los monumentos mortuorios tenían un carácter religioso en grado notable. Su función era referir metafóricamente y de manera figurativa la transición a la esfera ultramundana. Entendida como el momento de tránsito de éste al *otro* mundo, la muerte siempre se ilustraba en lo individual, según modalidades que variaban con base en el *status social* del difunto. La diversidad de patrimonio, de riqueza y de actividades profesionales era aniquilada de forma imprevista por la superioridad de la muerte, frente a la cual –según un tema apreciado por la cultura pagana– había una condición de completa igualdad.

Para atenuar esta ambigüedad, por la cual la multiplicidad de las diferencias de la vida se anulaban de golpe por la superioridad de la “gran niveladora”, en los siglos xv y xvi fue una praxis muy difundida la de las “dobles tumbas” estructuradas en dos niveles.¹⁷ En el nivel superior se representaba al difunto en su papel mundial ataviado con sus vestimentas oficiales, símbolo de la condición social que lo acompañó en el transcurso de su vida. En cambio, en el nivel inferior se conservaban sus restos desnudos, desgastados

¹⁵ Cfr. Palti. *Koselleck y la idea de Sattelzeit*, op. cit., pp. 68-74.

¹⁶ Koselleck, “I monumenti”, op. cit., pp. 22 ss.

¹⁷ Ibidem, pp. 22-25.

por el tiempo, lo cual no sólo señalaba la *vanitas* de las vicisitudes mundanas, sino también la sustancial igualdad entre los hombres –despojados de sus posesiones y sus honores–, introducida por la muerte.

Por lo tanto, con este segundo nivel en la tumba se disimulaba tanto la precariedad existencial de la condición humana en cuanto tal –remarcando la esencia sombría del hombre–, como la inconsistencia de las jerarquías dominantes en la tierra, borradas de tajo de la mano de la muerte. Sin embargo, según lo especificado por Koselleck,¹⁸ no hay que olvidar que estas suntuosas tumbas casi siempre estaban reservadas a los ricos, o bien, a quien había investido cargos prestigiosos, como si la muerte, en su obra de niveladora, no lograra eliminar a fondo las diferencias entre los hombres.

Al delimitar el uso selectivo de la memoria, ahora ingresamos al núcleo del problema del carácter de los monumentos prerrevolucionarios. En éstos –siguiendo la reconstrucción de Koselleck–, hasta el siglo XVIII, los soldados aparecían en ocasiones como héroes que habían posibilitado el triunfo del soberano en turno; sin embargo, ellos nunca eran los protagonistas de la escena y los memoriales de guerra nunca estaban dedicados a su recuerdo. El valor, sobre todo religioso del monumento o, en general, de la tumba, pasaba a segundo plano, superado por aquel más propiamente político. Pero el uso selectivo de la memoria habría de sobrevivir, en la medida en que los protagonistas de los monumentos continuaban siendo personajes prominentes, en especial de comandantes y soberanos.¹⁹ El mensaje, sobre todo en el siglo XVII, no estaba dirigido en primera instancia a la esfera religiosa y existencial (precariedad de la vida, tránsito al reino de los cielos, etcétera), sino que asumía un valor político: en la celebración del triunfo de los soberanos encontraba su expresión más específica.²⁰

¹⁸ *Ibidem*, p. 21.

¹⁹ *Ibidem*, p. 23.

²⁰ *Ibidem*, p. 25.

De acuerdo con Koselleck,²¹ desde la segunda mitad del siglo XVIII, con el comienzo de la modernidad, se da una triple ruptura con el pasado.²² En primer lugar disminuye el sentido trascendente de la muerte e *ipso facto* crece aquel intramundano. Los acontecimientos evocados en los monumentos, al igual que el sentido y los destinatarios, se proyectan por completo en el plano horizontal de la inmanencia mundana. En segundo lugar, y de manera vinculada, los memoriales de guerra ya no se dirigen a la dimensión ultraterrena, sino a aquella temporal del porvenir. En otros términos, sucede una *Verzeitlichung*²³ de los monumentos análoga a aquella que concierne al patrimonio conceptual de Occidente, así como lo estudia el *Lexikon* de Brunner, Conze y Koselleck.²⁴ Al igual que durante el *Sattelzeit*, los *Begriffe* se convirtieron en *Zukunftsbegehriffe*: los monumentos se enfrentan a una resemantización futuro-céntrica análoga: comienzan a referirse a un futuro diverso y mejor, por lo que a su llegada los muertos recordados en los monumentos encuentran un sentido y una legitimación que les es propia, en la medida en que son evocados y celebrados porque han vuelto posible (o procurarán) el futuro intencionado. En concordancia con los propios dispositivos de las filosofías de la historia típicos de la época *post-Sattelzeit*, así como del dominio que tiene *Erwartungs horizont*, el futuro se vuelve el lugar de expectativa y de proyección utópica, mientras que el presente es entendido como simple lugar de transición, justificado en función del porvenir deseado.²⁵ Según lo que Koselleck, en otro lugar identificó como el movimiento típico de la *Neuzeit*,²⁶ se trata de una legitimación

²¹ *Ibidem*, p. 27.

²² Un cuadro preciso del análisis de Koselleck sobre los monumentos lo esbozó su principal alumno, Willibald Steinmetz: *cfr.* “Nachruf auf Reinhart Koselleck”, pp. 430-431.

²³ *Cfr.* Gabriel Motzkin, “On Koselleck’s Intuition of Time in History”.

²⁴ Koselleck, “Einleitung”, *op. cit.*, pp. XIII ss.

²⁵ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 24-27.

²⁶ Reinhart Koselleck, “‘Neuzeit’. Zur Semantik moderner Bewegungsbegriffe”, en *Id.*, *Vergangene Zukunft*, *op. cit.*, pp. 300-348; tr. it. “Èta moderna (Neuzeit). Sulla semantica dei moderni concetti di movimento”, en *Id.*, *Futuro passato*, *op. cit.*, pp. 258-299.

inmanente y funcional al ritmo totalizante y lineal de la *Geschichte*, en donde el pasado y el presente se interpretan como episodios que preparan teleológicamente la llegada del futuro.

En tercer lugar, en el contexto de la democratización y politización típica de la modernidad,²⁷ se comenzaron a difundir de forma irresistible –con un crecimiento destinado a ser vertiginoso después de la Revolución francesa– los memoriales dedicados a la rememoración de los soldados caídos en el campo. En un primer nivel ya no se encuentran los personajes importantes (como pasaba en el mundo premoderno) –soberanos y jefes militares (como en la primera modernidad)–, sino los hombres ordinarios y soldados rasos, a quienes se les reconoce su importancia y dignidad, al grado de observar la exigencia de recordarlos uno por uno. Por otra parte, no se olvida el hecho de que los monumentos ya no están ubicados en las iglesias sino en el exterior, en áreas públicas como las plazas.²⁸ Tal reubicación es todo, excepto casual. Ésta se explica tanto en referencia al declive del significado trascendente al cual está ligado el recuerdo que se tiene a los muertos, como al proceso de hiperpolitización al cual se enfrenta el recuerdo con la llegada de la modernidad.²⁹ De manera paradigmática, la plaza testimonia el abandono de la trascendencia y de la selectividad clasista del recuerdo, al igual que el movimiento de democratización que ha marcado la época moderna: inmanentismo radical y democratización constituyen dos de las principales características de la *Neuzeit*, así como es entendida por Koselleck.³⁰

La función política condensada en los monumentos modernos no sólo está comprendida en la muerte de los soldados, sino que

²⁷ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 24-26. Sobre el nexo entre historia de los conceptos y filosofía política, *cfr.* Giuseppe Duso, “Storia concettuale come filosofia politica”; *ibidem*, *La logica del potere. Storia concettuale come filosofia politica*; Pier Paolo Portinaro, “‘Begriffsgeschichte’ e filosofia politica: acquisizioni e malintesi”.

²⁸ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 27.

²⁹ *Ibidem*, p. 28.

³⁰ *Cfr.* también Koselleck, “Età moderna”, *op. cit.*, pp. 258-299.

también anima las estructuras más profundas de la memoria de aquellos muertos. De hecho, rememorar a los difuntos, las circunstancias en las que perdieron la vida, los ideales por los cuales se sacrificaron, es un gesto más que nada político, dirigido no tanto al pasado de las acciones recordadas, sino al presente y –en una medida aún mayor– al futuro que está llamado a dotar de sentido y enseñanza aquellos eventos.³¹

Como esboza Koselleck,³² el significado de los memoriales de guerra modernos es –a partir de este punto de vista– *futurológico* y *político-ideológico*. El verdadero objetivo que se proponen es el de transmitir mensajes de elevado contenido ideológico y político al presente y al futuro, dotando de sentido a la muerte de aquellos difuntos, en apariencia absurda e insensata, en referencia al futuro que ha florecido y que sin ellos hubiera sido imposible. Con este fin ya es visible con claridad el dispositivo cronosófico de la *Geschichtsphilosophie*,³³ es decir, el asumir los eventos particulares –inclusive los más trágicos– como momentos necesarios y positivos en la economía del todo, ya que están dirigidos a la redención final de la cual se hará cargo el futuro.

Después de todo, la inconfundible impronta de la *Geschichtsphilosophie* también emerge con nitidez por el hecho por el que con los monumentos se presupone y reitera la unidad procesual del curso histórico: el *pasado de los muertos* y el *futuro de los sobrevivientes* se unen entre sí en un vínculo que es literalmente incomprendible si se prescinde del concepto unitario, holístico y procesual de la *Geschichte*, así como de la particular manera en la cual ésta enlaza entre ellos las dimensiones del tiempo.³⁴ Los caídos en batalla se tienen que rememorar con respeto y devoción ya que, dada la

³¹ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 24-26.

³² *Ibidem*, p. 27.

³³ Cfr. Reinhart Koselleck, “Geschichte, Historie”, caps. I, V-VII, pp. 593-595, 647-718; tr. it. editado por Rossana Lista, *Storia. La formazione del concetto moderno*, CLUEB, Bolonia 2009.

³⁴ Cfr. *Idem*.

unidad del proceso histórico, la causa por la que se sacrificaron coincide con aquella de las generaciones posteriores.³⁵ Desde este punto de vista, es en particular significativo que –hasta la Segunda Guerra Mundial– el arsenal de la iconografía inscrita en los monumentos siempre transmitía mensajes positivos: las muertes violentas, de por si nada positivas, se celebran en los monumentos porque tienen un sentido, en relación con un futuro entendido como lugar de resarcimiento. También las catástrofes en apariencia más distantes de cualquier posible explicación racional pueden ser evocadas de modo positivo, en un sentido dialéctico dentro del dispositivo optimista de la *Geschichtsphilosophie*, que redimensiona las tragedias asumiéndolas como momentos transitorios y necesarios para el triunfo futuro del bien.

Al insistir más tarde en la triple *Trennung*, es decir en el modo de concebir y analizar los monumentos que hemos ya delineado de manera sumaria (inmanentización, futurización, politización-democratización), podemos sostener –siguiendo los pasos de Koselleck– que el declive del culto cristiano a la muerte, y la consecuente dotación de un sentido ultraterreno a dicho acontecimiento, genera un “vacío interpretativo” al cual la Ilustración responde con una reocupación de sentido de tipo político, ideológico, futurológico y democratizante.³⁶ La espacialidad del reino ultraterreno da paso a la temporalidad del “todavía-no” y “en lugar del más allá cristiano como lugar de los muertos aparece el *futuro político (politische Zukunft)*”.³⁷ Éste impone una nueva dotación de sentido a las catástrofes históricas, justificándolas ideológicamente en referencia a aquello en lo que con posterioridad derivaron en el plano histórico.

³⁵ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 27-28.

³⁶ Cfr. Reinhart Koselleck, *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*; tr. it. editado por P. Schiera, *Critica illuministica e crisi della società borgese*, Bolonia, Il Mulino, 1972. Véase Sisko Haikala, “Criticism in the Enlightenment. Perspectives on Koselleck’s Kritik und Krise”.

³⁷ Reinhart Koselleck, “Der Einfluß der beiden Weltkriege auf das soziale Bewußtsein”, p. 276.

Es en este contexto moderno donde por completo se impone el dispositivo político de sentido del “morir-por-algo”, pues está la convicción de que los soldados caídos en batalla perdieron la vida combatiendo *en nombre de algo*, y con más precisión en nombre de un futuro mejor, a su vez entendido como sede de la realización de los proyectos para los que se había combatido.³⁸ Cual sea su contenido efectivo, el “por” del “morir-por” puede traducirse en un “morir en vista de”, donde en primer plano emerge el futuro al cual se tiende y al cual se sacrifica.³⁹ De esta manera, los monumentos revelan que todos deben ser recordados por igual (democratización), proveen –mediante la fórmula “morir-para-algo”– una justificación a la muerte poniéndola en relación con el futuro y vinculando un mensaje sin duda político-ideológico, ya sea que se refiera al valor de la libertad, la igualdad, la fraternidad o la síntesis de los tres anteriores.

Es como si en la modernidad, frente al equilibrio ocasionado por la muerte, la igualdad cristiana se convirtiera en igualdad del recuerdo de los muertos.⁴⁰ Esta democratización de la dimensión rememorativa, fruto de la disagregación de la sociedad dividida en estamentos, resulta en particular evidente si se considera que –a partir de la Revolución francesa– en los memoriales de guerra se comienza a reportar, sin ninguna exclusión, todos los nombres de los caídos, agrupados por haber muerto juntos por cierta causa, por el cumplimiento de cierto valor o de un conjunto de valores (libertad, igualdad, fraternidad, etcétera). Como ha subrayado Koselleck, en una sociedad estratificada y jerarquizada con rigidez, “los nombres de los soldados –ya fueran mercenarios o reclutados de forma obligatoria– muy rara vez, por no decir nunca, se consideraron dignos de ser recordados”.⁴¹

En Francia no se advirtió con rapidez esta exigencia de profunda democratización. Ello se puede corroborar por el hecho de

³⁸ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, pp. 27-28.

³⁹ *Ibidem*, p. 29.

⁴⁰ *Idem*.

⁴¹ *Ibidem*, p. 27.

que inclusive Napoleón mandó derribar los monumentos naciona-
l-republicanos extendidos desde la Revolución para sustituirlos
con aquellos de su *Grande Armée*, que se recordaba según el origen
jerárquico. Sin embargo, fueron los prusianos quienes en aquellos
años hicieron valer la instancia igualitaria propuesta a partir del
1789 francés: en 1793 el rey prusiano Federico Guillermo II de-
dicó a los soldados de Hesse un monumento sobre el cual se enlis-
taban los nombres de todos los caídos que habían contribuido con
su valor a liberar Fráncfort del asedio.

En segundo lugar, a la luz de estos presupuestos se afirma la
praxis de crear tumbas y monumentos para el “soldado descono-
cido”, para aquel que, aunque *olvidado* en su individualidad, se
recuerda de manera anónima por el heroísmo del que fue capaz y
por haber formado parte de la lucha por una cierta causa.⁴² Su
nombre pasa a segundo plano y aquello que se recuerda es la em-
presa en la cual participó, los valores colectivos con los que se iden-
tificó y por los que se sacrificó.

Según Koselleck, el culto al soldado desconocido “por cuanto es
possible permanece ligado a una tradición de origen monárqui-
ca”,⁴³ ya que *grosso modo* su monumento se continúa colocando
en el lugar donde, en algún tiempo, se situaban los monumentos
de los soberanos (por ejemplo, en París bajo el Arco del Triunfo).
Pero también si “en casi todas las capitales, el soldado desconoci-
do reposa en donde se manifestaba una tradición monárquica con
monumentos ecuestres”,⁴⁴ *neuzeitlich* es sin reparos el significado
que se coagula en el nuevo tipo de monumento:

El recuerdo de su soldado desconocido que simboliza la anónima
muerte en masa tiene una función democrática [...]: de hecho,
el desconocido es alguien que “está para” la nación y el pueblo del

⁴² *Ibidem*, p. 15.

⁴³ *Ibidem*, p. 17.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 18.

cual es miembro. Su fuerza simbólica caracteriza el culto de los monumentos de todas las naciones europeas, sin importar su situación constitucional. Aquí reconocemos la firma internacional de una *democratización* (*Demokratiisierung*) que sin duda presenta diferencias nacionales, pero casi no se ve influenciada por la tipología de las constituciones en contienda o en lucha entre ellas.⁴⁵

Fuera de toda discusión es que en la modernidad avanzada y en las áreas más democráticas de Europa, se regrese a erigir monumentos que continúan celebrando con pertinacia a personajes de importancia. Pero este aspecto no desmiente la tendencia general del movimiento moderno de democratización.

La resemantización que interviene la esfera de los monumentos resulta evidente, según Koselleck⁴⁶ si se consideran las transformaciones que históricamente han caracterizado el célebre monumento de 1373 de san Jorge quien, representado como un caballero de la época, vence al dragón, símbolo del mal. En 1788, apenas un año antes de la Revolución francesa, se erigió un monumento análogo en Varsovia, que reproduce al rey Juan III Sobieski de Polonia venciendo no al dragón, sino a un turco. El valor religioso de san Jorge fue declinado en lo político: se ha proyectado en el plano mundial-inmanente de una contraposición por completo ideológico-política. Después de ulteriores transformaciones semánticas, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, encontramos representado con increíble frecuencia como nuevo san Jorge al soldado raso, “no el monarca, no el general, sino el soldado es quien sube de rango en una tradición que se remonta siglos atrás: el proceso de larga duración de la democratización ha conquistado el dorso del caballo, en un tiempo reservado a los señores”.⁴⁷

De la apropiación de la trascendencia en la inmanencia (el soberano que vence al turco) se ha pasado a la democratización (el

⁴⁵ *Ibidem*, p. 19.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 20.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 13.

soldado particular, a veces desconocido, que somete al enemigo). Por supuesto, en cada época permanece invariable la polaridad metahistórica “amigo-enemigo”, en cuanto constante antropológica,⁴⁸ aunque varían los significados que asume históricamente. En particular, los memoriales de guerra modernos dedicados a todos los soldados, o por lo menos a la mayor cantidad posible, testimonian la disgregación de la sociedad dividida en estamentos y, en este sentido, operan una efectiva democratización de la memoria. Sin embargo, de manera simultánea y de acuerdo con su politización e ideologización, borran el recuerdo de los muertos individuales, cuya identidad personal pierde sus propios límites específicos y se difumina en la indistinta masa de los “muertos-por” una cierta causa.

En la opinión de Koselleck,⁴⁹ la praxis del recuerdo en los monumentos del soldado desconocido enfoca este aspecto de una manera bastante clara. Si la atención se concentrara de modo exclusivo en los monumentos donde se evoca de modo democrático uno por uno a todos los difuntos, se podría concluir de manera inequívoca que el verdadero objetivo de los monumentos modernos es dar memoria a los individuos particulares, inclusive a los más humildes. Pero la praxis del monumento dedicado al soldado desconocido impide este riesgo de malinterpretación, debido a que señala con claridad que con los monumentos modernos la verdadera identidad de los sujetos, aunque sea recordada con rigor en largas listas de caídos, está subordinada al proyecto y a la causa por los cuales se ha muerto. Bajo este punto de vista, la democratización no implica un recuerdo igual y democrático de las individualidades particulares. Para nuestro autor, ésta conlleva sobre todo una igualdad de los muertos frente a la causa en nombre de la

⁴⁸ Tema central en Reinhart Koselleck, “Historik und Hermeneutik”, en Reinhart Koselleck y Hans-George Gadamer, *Hermeneutik und Historik*, pp. 9-28 (también en Koselleck, *Zeitschichten, op. cit.*, 97-118); tr. it. editada por Paolo Biale, *Ermeneutica e istorica*, Génova, Il Melangolo, 1990.

⁴⁹ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 18.

cual se sacrificaron. Las individualidades particulares se ensombrecen por la dimensión del futuro que, con su lucha, han vuelto posible. Así, como recuerda Koselleck, “los muertos *desaparecen* (*entschwinden*)”⁵⁰ como sujetos y se convierten en figuras homogéneas y niveladas, números intercambiables aunque privados de una identidad autónoma propia, funcionales para el moderno uso político de la memoria del “morir-por-algo”. El pasado y con ello sus actores son absorbidos por el torbellino del movimiento futrocéntrico de la *Geschichte*. La identidad de los caídos se extingue por completo, disolviéndose en el futuro que éstos han vuelto posible con su muerte.

El empleo de monumentos en recuerdo de los muertos es una práctica tan antigua como la humanidad y encuentra su fundamento, según Koselleck,⁵¹ en un problema prehistórico de orden antropológico-existencial: la relación entre la vida y la muerte. Pese a esta característica que acompaña a los monumentos de todas las épocas, desde la Antigüedad hasta hoy día, en los modernos existe una característica específica, por la cual es posible inferir las particularidades importantes de la modernidad. De hecho, éstos no se limitan a recordar a los muertos, sustrayéndolos de este modo a la conquista de la aniquilación y del “no-más”, sino que justifican *ex post* la muerte, certificando que no sólo están muertos, sino que lo hicieron *por algo*, y que por lo tanto su fallecimiento debe entenderse como la conjunción entre el pasado y el futuro que ha suscitado. El concepto de *Geschichte* ha irrumpido en la semántica de los monumentos y la ha redefinido a profundidad.

Como señala Koselleck, este “estar-muerto-por-algo”, que se establece *a posteriori* por los supervivientes, muestra entre líneas

⁵⁰ Reinhart Koselleck, “Der Einfluß der beiden Weltkriege auf das soziale Bewußtsein”, pp. 324-333 (con el título “Erinnerungsschleusen und Erfahrungsschichten” en *Id., Zeitschichten, op. cit.*, pp. 265-284), p. 284.

⁵¹ Cfr. Reinhart Koselleck, “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze” (también en Koselleck, *Zeitschichten, op. cit.*, pp. 27-77).

cómo el recuerdo de todos los muertos por una causa dada jamás será, en un plano político, de valores neutros, ideológicamente inocente y ligado a la efectiva memoria del muerto como persona, que también es absorbida en la indistinta masa de los “muertos-por”. Así, la identidad singular y personal es transfigurada de manera indebida en una identidad colectiva que cuenta con un alto contenido ideológico y político. Por ello, las muertes de los hombres del pasado se vuelven un instrumento ideológico y político en las manos de los actores del presente, que les sirven para legitimarse a sí mismos y a sus propias acciones. Este aspecto moderno a todas luces resulta evidente si se considera que con los monumentos los difuntos no se recuerdan en cuanto tales –en su individualidad–, sino como héroes, víctimas, mártires, custodios del honor y de la gloria, de la honestidad y de la lealtad, así como guardianes de la patria y de la justicia, de la libertad y del proletariado. Pero de este modo, a juicio del alemán, se olvida con fatalidad que “cada hombre que muere, muere solo”⁵² (*jeder Sterbende stirbt allein*) y en consecuencia, “cualquier ser humano como persona, tiene derecho a su propio recuerdo, sin el cual no podría vivir y que no puede volverse colectivo”⁵³. Por lo tanto, cada individuo tiene

⁵² Koselleck, “Der Einfluß der beiden”, *op. cit.*, p. 275.

⁵³ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 9. Para Koselleck, la única identidad que perdura clandestinamente en los memoriales de guerra es la identidad de los muertos con ellos mismos. Ello se refiere a que el significado de los monumentos cambia de época en época y aquello que sobrevive inalterado nada más es la identidad de los difuntos consigo mismos, es decir, la memoria individual referida a la persona desaparecida, más allá de la profanación de su individualidad llevada a cabo por el uso político de los monumentos. Todas las identificaciones políticas y sociales que intentan capturar y fijar la función del “morir-por-algo” se desvanecen en el transcurso del tiempo, “con la desaparición de las generaciones supervivientes, muere también el culto a los muertos. Los memoriales testimonian el pasado sin referir más a un futuro” (Koselleck, “Der Einfluß der beiden”, *op. cit.*, p. 279). En la base de estas consideraciones se encuentra la convicción de Koselleck de que el cambio del presente histórico en pasado puro, ocurre bajo la forma de disolución de la experiencia histórica vivida como objeto de estudio historiográfico. Ello significa que en un futuro los criterios de investigación científica serán más lúcidos, pero también menos densos, y de esta manera garantizan un mejor conocimiento y una mayor objetividad. Desde la

derecho a ser recordado tan sólo por aquello que ha sido, en su intrascendible humanidad y en su irreductible singularidad. Al “profanar” la memoria de los individuos, los monumentos modernos proveen un potente medio de identificación entre las víctimas recordadas y nosotros que, mediante dichos monumentos, los recordamos: estamos llamados a identificarnos con ellos y con el proyecto para el cual sacrificaron la vida.⁵⁴ Por razón de lo hasta ahora expuesto, y también desde el punto de vista del análisis de la semántica de los monumentos, Koselleck puede afirmar su crítica radical de lo moderno, según el tema principal de su *Denkweg* hasta tiempos de *Kritik und Krise* (1954).

Que los monumentos de la modernidad siempre están permeados por un fuerte mensaje político, lo sostiene el hecho de que éstos siempre llevan a cabo una forma selectiva de memoria, aun en su expresión de extrema democratización. Su *recordar algo* está conectado sin disolverse con el *omitar otro algo*, que ocurre en silencio y, por ello mismo, se olvida. Por este motivo, “es legítimo presuponer que cualquier monumento incluye y excluye en general”.⁵⁵ Con este propósito, Koselleck menciona el célebre Vietnam Memorial de Washington, compuesto por una pared de granito negro sobre la cual se indican con rigor –mediante un bajorrelieve– todos los nombres de los estadounidenses que murieron en el

óptica de la investigación historiográfica y de los análisis llevados a cabo con base en hipótesis, la condena moral o la investigación secreta de los atenuantes, las acusaciones y atribuciones de culpa, las cuales son típicas del método historiográfico –todos modelos interpretativos del pasado– pierden su carga político-existencial y desaparecen. Los recuerdos de la experiencia personal se contraponen a la investigación histórica abstracta conducida con bases científicas. Según esta tesis koselleckiana, la historia debe ser “letra muerta” en las mentes, cuerpos y corazones de los interlocutores antes de poder resurgir, como el ave fénix de las cenizas, en calidad de conocimiento científico de la experiencia. Mientras los protagonistas vivan –y con ellos las emociones, aspiraciones y prejuicios concretos– cualquier indagación histórica corre el riesgo de ser parcial.

⁵⁴ Cfr. *ibidem*, p. 275: “el culto a los muertos (*Totenkult*) es una respuesta general para conferir un sentido, cuando es posible, a las muertes en masa”.

⁵⁵ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 20.

conflicto. Que el monumento se hunda sobre el terreno hace alusión de manera muy evidente a la desaparición de los caídos bajo tierra; mientras tanto, cuando los observadores leen los nombres de los difuntos en la pared de granito, también ven reflejada su imagen, situación que subraya la necesidad, para los sobrevivientes, de identificarse con los muertos y por lo tanto consigo mismos, según la ley de la politización ideologizante antes mencionada. El mencionar con minucia a todos los caídos, uno por uno, en nombre de la democratización sobre la cual se rige lo moderno, a primera vista parecería excluir que el monumento permanezca en silencio sobre algo o alguien. Pero esta impresión se derrumba apenas se considera que en el monumento no hay huellas de los otros vietnamitas quienes, en la misma guerra, han perdido su vida y que, justo como enemigos, no parecen dignos de ser recordados por los sobrevivientes. La finalidad del monumento no es la de evocar las individualidades desaparecidas, como sí lo es transmitir un mensaje político de identificación ideológica con los muertos y con la causa para la cual se sacrificaron.

Como oposición en la plano ideológico-político, como recuerda Koselleck, Chris Burden reaccionó creando un “contramonumento” titulado The Other Vietnam Memorial, dedicado de manera expresa a las “displaced persons of the American conscience”, es decir, a los difuntos eliminados por la conciencia estadounidense. En éste se recuerdan los nombres de los vietnamitas muertos en la misma guerra. Este hecho, de acuerdo con el autor alemán, constituye la afirmación de la tesis según la cual los monumentos modernos siempre están permeados por un valor ideológico y político dirigido al futuro, que *recuerda* y a la vez *oculta*, y cuya rememoración no está dirigida a sí misma, sino que siempre apunta a la difusión de mensajes políticos y a la dotación de un sentido a la historia y a las tragedias que la constituyen.⁵⁶

⁵⁶ Este aspecto debe relacionarse con el hecho de que, como Koselleck precisó en distintas ocasiones, “hacer historia” es más difícil mientras el objeto de estudio sea más cercano a nosotros en el tiempo. Así, es casi como si estuviera vigente una

Según Koselleck, si en su totalidad la *Neuzeit* fue la gratificante y reconfortante promesa de un futuro distinto, mejor y en definitiva más humano, a partir de la Segunda Guerra Mundial su paradigma parece haber colapsado de modo irreversible. Es como si el dispositivo hermenéutico con el que hasta entonces se había justificado incluso hasta los acontecimientos más trágicos, se hubiera bloqueado, siendo incapaz de rendir cuentas de las tragedias en masa que han plagado el siglo xx. Tras los acontecimientos como Auschwitz, los gulag y las dos bombas atómicas –de acuerdo con el alemán– los monumentos han dejado de ser las *respuestas* a las peticiones de sentido en la historia y se han transformado, sin poder evitarlo, en *preguntas* de un sentido que parece inalcanzable y para el cual la historia –contra cualquier expectativa– se ha mostrado incompetente. Por el horror incomparable que los ha caracterizado, más que por el número de las víctimas, la hecatombe de las bombas atómicas, la muerte administrada en los campos de concentración, así como los “exterminios de clase” soviéticos, no pueden encontrar un sentido en la historia y un futuro respecto al cual constituirían las “etapas” necesarias y, por ello mismo, positivas

inexplicable ley por la cual, con el transcurso del tiempo, lo vivido se desvanece y fuese extraído de los sentimientos y pasiones del presente, que impiden escribir la historia lo más objetivo posible. Cf. sobre todo Reinhart Koselleck, “Nachwort” (1981), en Charlotte Beradt, *Das dritte Reich des Traum*; tr. it. ed. Ingrid Harbach, *Prefazione a Il terzo Reich dei sogni*, Turín, Einaudi, 1991, p. vii. La obra se configura como una recopilación de los sueños de gente común durante el Tercer Reich: se trata de una documentación que es tanto una denuncia del estado psíquico de miedo de los ciudadanos comunes amenazados –que todavía no habían sufrido verdaderas privaciones–, como una comparación con los sueños sucesivos, reunidos por los prisioneros de los campos de concentración. En resumen, el sueño es el termómetro de la condición de cada hombre, en cuanto a que los sueños se alimentan justo de la vida diaria. Según Sigmund Freud, “todo el material que constituye el contenido de un sueño de algún modo es derivado de la experiencia, es decir, ha sido reproducido o recordado en el sueño” (Sigmund Freud, *Die Traumdeutung*, 1900, tr. it. ed. Flavio Manieri, *L'interpretazione dei sogni*, Roma, Newton Compton, 1981, p. 45).

si se considera en la economía del proceso; al contrario, son un “agujero negro” que no se puede dialectizar, que todo absorbe sin restituir algo. No hay un dispositivo *geschichtsphilosophisch* que pueda dotar, en nombre de futuros radiantes, un sentido a las injustificables atrocidades del presente.

Con base en este cambio de dirección ocurrido en el siglo XX, los monumentos dejan de transmitir valores reconfortantes y políticamente establecidos para un futuro mejor, en cambio testimonian –con su gélida presencia desprovista de cualquier manera de triunfalismo– una confusa *Sinnlosigkeit* en los acontecimientos humanos y en el curso histórico. Ya no proveen una respuesta preconcebida y reconfortante para los observadores, sino que, al contrario, muestran el asunto como irresoluble de modo consustancial en la forma estética del arte. De esta manera, se confirma “un desplazamiento de peso oprimente”,⁵⁷ en virtud del cual en cualquier monumento “el mensaje dice que ya no es posible presuponer, encontrar o rastrear el sentido. Sobre todo, el sentido es buscado, evocado o reclamado”.⁵⁸

Sin importar en que parte de Europa, se difunden sin tregua monumentos cuyo sentido se encuentra en la comunicación de la absoluta falta de sentido. Así, es ejemplar la inversión ocurrida con respecto a los monumentos triunfalistas de la modernidad. Aquellos sucesivos a 1945 comienzan a dar voz a una sensación de extrañeza general, a encontrarse disconformes con la historia y en sus dificultades, al presagio angustiante que –invirtiendo el sueño de Hegel– al final, no será el bien el que triunfe. De esta forma, el clima de serena compostura reconfortante de los monumentos del siglo precedente cede a inéditas formas de monumentos permeadas de una pesada sensación de confusión y de pérdida de certeza, en la cual se tematiza la atrocidad no rescatada, ni rescatable de algún futuro.

⁵⁷ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 24.

⁵⁸ *Idem*.

Entre 1961 y 1964 en Treblinka, Franciszek Duszenko y Adam Haupt prepararon un lugar conmemorativo con una increíble fuerza de abstracción, cuyo tema central es la inefabilidad de lo acontecido, la imposibilidad de *explicarlo* y de *decirlo*, así como de comprenderlo.⁵⁹ La inefabilidad de aquello sucedido, su cruel lógica, su profunda irracionalidad –por completo racional sólo desde el punto de vista de la *Zweckrationalität* que la volvió posible– se representa mediante un campo de estelas diversamente disgregadas, que nada más se pueden observar en la total afasia, sin alguna pretensión de descifrar la fatal realidad. Es del todo imposible, según este mensaje, rastrear un sentido y una racionalidad profunda en aquel campo de estelas, justo como es imposible descubrirlo entre los pliegues que tiene la historia.

En esta atmósfera, permeada por la petición de un sentido que no puede ser encontrado, el Memorial del Holocausto en Berlín, obra de Peter Eisenman,⁶⁰ se presenta como un compacto alineamiento de estelas uniformes de cemento colado, que evoca una tristeza materializada en la rigidez, una brutal insensatez y una cruda opacidad ante las cuales nada más es posible repetir la respuesta que en su tiempo el guardia del campo de concentración le dio a Primo Levi: “hier ist kein Warum”. También en este caso, el sentido del monumento reposa por completo en su comunicación de la ausencia de sentido en cuanto a lo sucedido y, por extensión, en el acontecimiento histórico en cuanto tal, culminado en la tragedia de Auschwitz, sinédoque del mal radical.

Koselleck mantiene que se puede deducir con justa razón que el sueño de la modernidad estalla en pedazos, aplastado por una nutrida serie de acontecimientos que no sólo no se dejan incluir dentro de las reconfortantes redes de una *Geschichte* progresiva, transparente y en constante evolución hacia un *telos* identificable con el bien, pero que también la someten, pulverizando el dispositivo futuro-céntrico y descubriendo su “ilusoriedad”. Si bien

⁵⁹ *Ibidem*, p. 27.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 30.

Koselleck acaricia esta idea, no la desarrolla a profundidad. Continúa pensando que también después de Auschwitz y de las otras formas en las cuales estalló la barbarie del siglo xx –que testimonia la llegada del “mal en la tierra”,⁶¹ ya esbozada por Voltaire con un intento anti-leibniziano–, la humanidad continua viviendo en la ilusión histórica, verdadero engaño de la perspectiva moderna, de un futuro mejor.

En esta incomprendión del fin de la experiencia de la modernidad como pasión futuro-céntrica reside quizá, como ha sido subrayado,⁶² uno de los principales límites del análisis koselleckiano, ciego frente al ocaso del paradigma interpretativo de la *Neuzeit*. Para el alemán, también los monumentos post-Auschwitz, en los cuales domina una imposición oscura y confusa, sideralmente distante del giro futurizante de la modernidad, continúa siendo válida la politización e ideologización típicas de la *Neuzeit*. Inclusive los monumentos que recuerdan a las víctimas de los campos de concentración –dice Koselleck– siempre llevan a cabo una especie de memoria selectiva, recordando y ocultando al mismo tiempo. Nunca evocan al conjunto de las víctimas inocentes del nazismo, sino que casi siempre lo hacen nada más sobre la tragedia de los judíos, guardando silencio de la que padecieron los homosexuales, de los tres millones de polacos exterminados al ser considerados “de raza inferior”, de los tres millones y medio de prisioneros soviéticos masacrados en los campos de exterminio, y así de tragedia en tragedia.

También en el caso antes mencionado, el recuerdo no se tiene como fin a sí mismo, es decir, que no está dirigido a restituir la dignidad a las víctimas consideradas en su inviolable individualidad, sino que al contrario, se trata de una memoria con alto contenido

⁶¹ “Le mal est sur la terre”: Voltaire, *Poème sur le désastre de Lisbonne. Ou examen de cet axiome: tout est bien*, 1756, v. 126; tr. it. ed. Silvia Manzoni y Elisa Tetamo, “Poema sul disastro di Lisbona”, en Andrea Tagliapietra, *Sulla catastrofe. L’illuminismo e la filosofia del disastro*, Milán, Bruno Mondadori, 2004, p. 6.

⁶² Nicola Auciello, “Vortici e forze (storiografia e riflessione)”, pp. 32-34.

ideológico-político. En los monumentos que recuerdan la tragedia nacionalsocialista, “cada grupo de víctimas –escribe Koselleck– es jerarquizado con base en una escala del recuerdo, autorizado en un caso y prohibido en el otro, prolongando así sin ningún criterio las categorías de exterminio adoptadas por las ss y también por la *Wehrmachth*”.⁶³

De la misma manera, la incomprendión koselleckiana del fin de la experiencia de la modernidad como inclinación futuro-céntrica conlleva, como inevitable consecuencia, el hecho de que para el *Begriffshistoriker* alemán, nuestro tiempo todavía puede interpretarse según las categorías propias de la modernidad: la experiencia del tiempo continuaría siendo la originada en la *Sattelzeit*. En realidad se ha visto cómo Koselleck tematiza, en referencia a los monumentos del Holocausto, un giro hermenéutico decisivo. Sin embargo, el autor no desarrolla adecuadamente esta intuición, ya que no la declina como transición a una nueva fase de la historia, centrada en un régimen de temporalidad distinto, ya no más futuro-céntrico. Pero en particular, no la declina en el plano de la *Begriffsgeschichte*, por lo que termina convenciéndose de que, después de todo, el paradigma moderno continúa subsistiendo sin cambios y, en consecuencia, puede ser interpretado con el tradicional aparato de categorías.

Por tanto, si se hace una abstracción de los monumentos del Holocausto (que asientan la manera más eficaz del horror producido por la historia), de los *geschichtliche Grundbegriffe*, entonces sería deducible un giro futurizante: en pocas palabras, éste es el núcleo de la interpretación de Koselleck del mundo posterior a los dos conflictos mundiales. Bajo este punto de vista, se puede sostener que Koselleck permaneció con inflexible tenacidad como un pensador del “corto siglo xx”.⁶⁴ 

⁶³ Koselleck, “I monumenti”, *op. cit.*, p. 33.

⁶⁴ No sólo Koselleck dejó de tematizar sobre la diversa sensibilidad para la temporalidad histórica relevada por la posmodernidad, sino que rechazó de modo rotundo aceptar el ocaso de la experiencia moderna en cuanto tal. “Que de momento haya aparecido la Posmodernidad, que semánticamente exige una sustitución

Bibliografia

- Auciello, Nicola. “Vortici e forze (storiografia e riflessione)”, en *Id. y R. Racinaro* (eds.), *Storia dei concetti e semantica storica*, Roma, Edizioni Scientifiche Italiane, 1990.
- Bödeker, Hans Erich, “Begriffsgeschichte als Methode”, en *Id.* (ed.), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002.
- Daniel, Ute. “Reinhart Koselleck”, en Raphael Lutz (ed.), *Klassiker der Geschichtswissenschaft*, Múnich, Beck, 2006, 2 vols, II, pp. 166-194.
- Dipper, Christof. “Die ‘Geschichtlichen Grundbegriffe’. Von der Begriffsgeschichte zur Theorie der historischen Zeiten”, *Historische Zeitschrift*, 270, 2001.
- Duso, Giuseppe. “Storia concettuale come filosofia política”, *Filosofia política*, 11, 1997, pp. 393-424.
- _____. *La logica del potere. Storia concettuale come filosofia política*, Roma/Bari, Laterza, 1999.
- Freud, Sigmund, *Die Traumdeutung*, 1900.
- Haikala, Sisko. “Criticism in the Enlightenment. Perspectives on Koselleck’s Kritik und Krise”, *Finnish Yearbook of Political Thought*, 1, 1997, pp. 70-85.
- Koselleck, Reinhart. “Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Christof Dipper”, *Neue politische Literatur*, 51, 1998.
- _____. “Daumier und der Tod”, en G. Boehm, K. Stierle y G. Winter (eds.), *Modernität und Tradition. Festschrift für Max Imdahl*, Múnich, Fink, 1985, pp. 163-178
- _____. “Der Einfluß der beiden Weltkriege auf das soziale Bewußtsein” (1992), en *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2000.

de lo moderno, lo considero un exceso ideológico, que nada más sirve como autolegitimación para quienes se sirven de tal concepto”. Reinhart Koselleck, “Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Christof Dipper”, p. 201.

- _____. “Der Einfluß der beiden Weltkriege auf das soziale Bewußtsein”, en W. Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten*, Múnich, Piper, 1992, pp. 324-333.
- _____. “Einleitung”, en *Id.*, Otto Brunner y Werner Conze, *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997, 9 vols., I, pp. XIII ss.
- _____. “Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze”, en C. Meier y J. Rüsén (eds.), *Historische Methode*, Múnich, dtv, 1988, pp. 13-61.
- _____. “‘Erfahrungsraum’ und ‘Erwartungshorizont’ – zwei historische Kategorien”, en U. Engelhardt *et al.* (eds.), *Soziale Bewegung und politische Verfassung*, Stuttgart, Klett, 1976.
- _____. “Geschichte, Historie”, en *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. II, Stuttgart, Klett-Cotta, 1975.
- _____. “I monumenti: materia per una memoria collettiva?”, *Discipline filosofiche*, 2, 2003, pp. 9-33.
- _____. “Kriegerdenkmäler als Identitätsstiftungen der Überlebenden”, en O. Marquard y K. Stierle (eds.), *Identität, Poetik und Hermeneutik*, Múnich, Fink, 1979, VIII, pp. 255-276.
- _____. *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1959 (1954).
- _____. “Les monuments aux morts. Contribution à l'étude d'une marque visuelle des temps modernes”, en M. Vovelle (ed.), *Iconographie et histoire des mentalités*, París, Éditions du Centre national de la recherche scientifique, 1979, pp. 113-123.
- _____. “Nachwort” (1981), en Charlotte Beradt, *Das dritte Reich des Traum*, Frankfurt, Suhrkamp, 1966, pp. 115-132.
- “‘Spazio di esperienza’ e ‘orizzonte di aspettativa’: due categorie storiche”, en *Id.*, *Futuro, passato per una semantica dei tempi storici*, Génova, Marietti, 1986.
- _____. *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1979.

- _____. “Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte. Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen (1999)”, en J. Kurunmäki y K. Palonen (ed.), *Zeit, Geschichte, Politik*, Jyväskylä, University of Jyväskylä, 2003.
- _____. y Hans-Georg Gadamer. *Hermeneutik und Historik*, Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philosophisch-historische Klasse, Jg. 1987, Bericht 1, Winter, Heidelberg, 1987, pp. 9-28.
- Motzkin, Gabriel. “On Koselleck’s Intuition of Time in History”, en H. Lehmann y M. Richter (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Occasional Paper n. 15, Washington, German Historical Institute, 1996.
- Palonen, Kari. *Die Entzauberung der Begriffe: das Umschreiben der politischen Begriffe bei Quentin Skinner und Reinhart Koselleck*, Berlín, LIT, 2004.
- Palti, Elías José. “Koselleck y la idea de Sattelzeit. Un debate sobre modernidad y temporalidad”, *Revista de Historia Contemporánea*, 53, 2004, pp. 63-74.
- Portinaro, Pier Paolo. “‘Begriffsgeschichte’ e filosofía política: acquisizioni e malintesi”, *Filosofía política*, 1, abril 2007, pp. 53-64.
- Richter, Melvin. *The History of Political and Social Concepts. A Critical Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
- _____. “Understanding Begriffsgeschichte. A Rejoinder”, 17, 1989, pp. 296-301.
- Steinmetz, Willibald. “Nachruf auf Reinhart Koselleck”, *Geschichte und Gesellschaft*, 32, 2006, pp. 412-432.
- Tagliapietra, Andrea, *Sulla catastrofe L’illuminismo e la filosofia del disastro*, Milán, Bruno Mondadori, 2004.